

Vicente Francisco Torres\*

## El poeta

El primer volumen de poemas que publicó Carlos Montemayor fue *Las armas al viento* (1977), libro significativo porque entregaba, en un par de textos, su arte poética. A pesar del peso que en estos primeros versos tenía la tierra nativa, aspiraba a que su palabra se mantuviera desnuda, ajena al argumento y a la tesis (anhelo que alcanzó, por cierto, en "Finisterra"). A través de un recuerdo de la manera en que hablaba su hijo sostiene que su arte poética consiste en decir: "lo que nos rebasa a cada paso"<sup>1</sup>; el amor, la ira, la esperanza; decir no lo que son las cosas, sino cómo son. Busca comprender lo que desconoce y, a pesar de todo, intenta decirlo. Este libro no sólo mira el interior de la mente creadora, sino sale al paisaje, motivado por el recuerdo de la patria chica, toda llena de imágenes y sonidos:

El sonido del viento en las colinas  
 era una reunión de fiesta, de mujeres cantando,  
 de niños bajando de los muros de las iglesias envueltos en risas.  
 El viento sonaba a rebato sobre las piedras y los árboles  
 y volaban los cuervos.  
 Las colinas doradas, ardientes, cual pechos de mujeres  
 que se han despojado de sus blusas,  
 se elevaban como la respiración de una amiga...<sup>2</sup>

\* Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

<sup>1</sup> Carlos Montemayor, *Finisterra*, México, Premiá Editora (Libros del Bicho), 1982, p. 27.<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 30

En la cuarta de forros, quizá escrita por el mismo Montemayor, leemos la confirmación de este aserto. Dice: “Toda experiencia humana es sensual, telúrica, sonora...” El omnipresente paisaje chihuahuense de este libro, en *Abril y otros poemas* (1979) será sustituido por el erotismo que, como una sombra abrazadora, se extiende a lo largo del volumen. En *Abril y otros poemas* ya no veremos las nogaleras y los cerros, sino la ciudad que ve nacer el día, que se convertirá en ese mediodía que: “llega como manos que aman desde hace muchos años, ya sin sorpresa”<sup>3</sup>, y asistiremos, finalmente, al: “paso imperceptible [de la noche] con que se pudre la vida de los seres humanos”<sup>4</sup>.

Desde el primer libro Montemayor se interrogó sobre cuál sería su lugar en el mundo, y una persistente alusión a la casa y a la calle, que perdurará en sus posteriores libros de poesía, parece decirnos que buscaba la protección, que incluía las figuras paterna y materna, pero no ignoraba que también tendría un papel en el teatro del mundo. Para salir tenía sus armas, que según leemos en “Elegía de Tlatelolco”, de *Abril y otros poemas*, no son otras que: “las armas indefensas de su cuerpo”.

Si se reeditara *Las armas del viento* junto con *Finisterra* (1982), asistiríamos al nacimiento del más intenso y dilatado de sus poemas, que recrea el encuentro ciclópeo del mar Mediterráneo y el Océano Atlántico, con el marco de las columnas de Hércules, y lo equipara con el acto amoroso, en donde también dos fuerzas se enfrentan entre espumas y jadeos.

## El cuentista

En *Las llaves de Urgell* (1971), primer volumen de cuentos de Montemayor, se advierte la nostalgia por la tierra nativa, misma que se contempla desde miradores urbanos o desde la compañía femenina. Persiste el recuerdo de la sierra chihuahuense pero, sobre todo, la evocación de las minas y los caseríos gambusinos abandonados. Únicamente resuenan los nombres extranjerizantes de las minas junto al tintineo de las llaves de casas y socavones.

<sup>3</sup> Carlos Montemayor, *Abril y otros poemas*, México. Fondo de Cultura Económica (Letras Mexicanas), 1978. p. 13.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p.14.

Si recordamos que en *Abril y otros poemas* estaba también el homenaje al mundo gambusino y al paisaje serrano, podemos suponer que la escritura narrativa, lo mismo que la poética, fueron realizándose paralelamente. En este momento llega a mi mente una novela de Gerardo Cornejo, *La sierra y el viento* (1977), que tiene como escenario la sierra sonorensis. Su detonador es el agotamiento de las minas que hizo emigrar a los viejos gambusinos, que se convirtieron, por ello, en heroicos fundadores de ciudades en las tierras bajas. Resulta digno de observar cómo las distintas regiones geográficas producen una literatura semejante en sus temas.

En este libro, que contiene ejercicios de aprendizaje a lo Jorge Luis Borges y a lo Eça de Queiroz, hace su entrada el cuento fantástico, con textos como "Vázquez", en donde un muerto mata a otro muerto.

*Los cuentos gnósticos de M. O. Mortenay* (1997), que Montemayor publicó con el anagrama de su nombre, muestran las huellas de sus lecturas, de la forja de su erudición. Según Montemayor, él rescata los escritos del francés (1874-1955) que se entregó al esoterismo del Medio Oriente y al hermetismo de raíz europea. Es un cuaderno de aprendizaje que rara vez cristaliza en verdaderos cuentos, como los que aparecen al final del volumen ("Consagración", entre ellos).

*Operativo en el trópico* (1994), que le dio el Premio Juan Rulfo de Radio Francia, mostró el primer paso hacia un nuevo camino, hacia una segunda etapa como narrador en donde abandona la erudición políglota para lanzarse a una prosa beligerante, de fuerte contenido social que alcanzará su cumbre con *Guerra en el paraíso*: los talleres con narradores indígenas y sus antologías literarias en lenguas autóctonas serán parte de esa nueva etapa que lo nimbó y le dio tanta resonancia al momento de su muerte en los comienzos del año 2010.

## El novelista

*Mal de piedra* (1981) y *Minas del retorno* (1982) son las novelas iniciales de Montemayor. Ambas se escribieron bajo el magisterio de William Faulkner, no sólo por la manera en que están contadas (con el recurso del fluir de la conciencia, que no se ciñe a cronologías inamovibles), sino también por la forma de contrapunto (a la manera de *Las palmeras salvajes*) que tiene la primera, que es

puro relatar de muertes: las remembranzas y la muerte del abuelo remiten al 10 de julio de 1931, mientras que las del hermano nos llevan al cuatro de mayo de 1955. Entre estas dos líneas narrativas se insertan unas oraciones fúnebres que llevan títulos como “Santos óleos”, “Kyrie”, “Ofertorio”, “Rosario” y “Bendición del sepulcro”. Si apunto esta influencia no es para descalificar el trabajo de Montemayor, sino para insistir en que el autor siempre dejó huellas de sus aprendizajes al lado de sus creaciones.

El tema de las minas, con sus secuelas de miseria, desempleo y enfermedad (la silicosis, que hacía que los mineros arrojaran los pulmones en hemorragias nasales) será atendido en *Mal de piedra*, mientras *Minas del retorno* centrará su atención en las minas agotadas y en el abandono de la tierra natal en busca de otras formas de ganarse la vida, hecho que hermana la narrativa de Montemayor con la novelística del sonoreense Gerardo Cornejo. Es muy probable que la novela sea autobiográfica porque el autor destaca que, mientras la silicosis dio cuenta del abuelo, el padre y el hermano, el narrador escapa a ese destino porque su familia nunca pensó que él entrara a las galerías.

Si la tormenta que veremos en su libro de cuentos de igual título (1999) se lleva la sepultura del abuelo, en *Mal de piedra*, cuando el narrador (que se llama Refugio, como el abuelo) va al camposanto para ver en dónde enterrarán a su hermano, observa que es una parte nueva del cementerio, un sitio a donde solían ir a jugar él y su hermano Antonio.

Otro elemento común de *Mal de piedra* y *Minas del retorno* es la pobreza, porque las casas se caen con las tormentas y en las mesas hay sólo sopa y frijoles. Y junto a la pobreza, la muerte, que resulta más terrible cuando llega en invierno, con la sierra y los llanos cubiertos de nieve. Las voces de denuncia que uno pudiera esperar en novelas con estos temas y personajes no aparece; en su lugar hayamos la ternura y la nostalgia. Son obras con leves señalamientos sociales derivados del capitalismo minero norteamericano y de la complicidad del gobierno que les permite consumir la violencia y la explotación.

Desde comienzos de la década de los ochenta Montemayor ya era un novelista de marcada intención social, pero esto no se advirtió sino una década después, cuando cambió la sierra chihuahuense por la sierra de Guerrero, y los guerrilleros ocuparon el lugar de los gambusinos. Sin embargo, me parece que no sólo este

cambio le dio notoriedad, sino también que su manera de contar se transformó: ya no fue lenta e íntima, sino vertiginosa y abiertamente de denuncia, aunque quizá la temática de *Guerra en el paraíso* era más conocida e inmediata que la historia triste de los mineros, que había alimentado la narrativa telúrica latinoamericana.

Si nuestra narrativa ha sido prolija en relatos que abordan los hechos sangrientos de 1968, la atmósfera de tensión y de violencia que crearon los grupos guerrilleros a comienzos de los 70 no había sido tratada abiertamente. Encontrábamos atisbos en libros como *Violeta Perú* (1979), de Luis Arturo Ramos, y guardábamos expectativas en Salvador Castañeda, quien participó brevemente en aquellos hechos y entregó en *¿Por qué no dijiste todo?* (1980), una novela carcelaria, pero que no abordó abiertamente el tema de la guerrilla. Carlos Montemayor, un *hombre de letras*, a partir de una profunda investigación documental, escribe un texto partidista y conmovedor, la novela más acabada sobre los acontecimientos que tuvieron como protagonistas a Genaro Vázquez y a Lucio Cabañas: *Guerra en el paraíso* (1991).

Si *Las llaves de Urgell* y *Mal de piedra* eran lentas e intimistas, *Guerra en el paraíso* muestra otra escritura, que naturalmente tiene que ver con otra manera de ver el mundo y con otro modo de concebir el trabajo del escritor. Lo que en su narrativa anterior era una voz nostálgica, aquí aparece como una indignación contenida que no alaba la lucha guerrillera, sino la explica. No es que *Guerra en el paraíso* legitime la violencia, no; simple y llanamente nos dice que la guerrilla fue una respuesta natural ante tantas vejaciones y tanta desigualdad social que priva en el estado de Guerrero.

*Guerra en el paraíso* es una crónica de la lucha que se libró en la sierra de Atoyac de noviembre de 1971 a julio de 1974. Podríamos decir que es una novela sin ficción porque hay un apego a los hechos reales (a mayor abundamiento, aparecen personajes con sus nombres, apellidos y cargos públicos, como Mario Moya Palencia, Fernando Gutiérrez Barrios, Carlos Sansores Pérez y Jesús Reyes Heróles, entre otros) pero sobre ellos están la mirada y la voz del creador. Los acontecimientos han sido seleccionados y organizados de un modo significativo, para que ilustren una opinión o para que impacten al lector. Veamos un ejemplo: cuando los soldados no consiguen hacer hablar a unos indígenas, por la simple y sencilla razón de que no saben español, uno pregunta a su superior de qué

modo quiere que los aniquile y éste responde: “Mejor despacio, y sin tocarles el hocico, por si se animan a hablar en español antes de que te los cargues. A patadas en el vientre...<sup>5</sup>”

*Guerra en el paraíso* es una magnífica novela, una de las más vitales de la literatura mexicana. Su calidad literaria se sustenta en razones como las siguientes; es más que una cronología puesto que hay un trabajo léxico eficaz, dramático y poético; en la obra aparece un amplio registro de hablas, como la procaz de guarauras y soldados, la taimada de campesinos e indígenas, la socarrona de los políticos, la airada de los estudiantes, la pausada y lúcida de Cabañas.

Aunque su técnica es en apariencia sencilla, la cronología da saltos hacia la década de los 60 para mostrar algunos hechos que explican la decisión de tomar las armas. Su reconstrucción de época (secuestros, dogmatismo del Partido Comunista, intelectualismo de los jóvenes) llega a mostrar cómo la técnica se puso al servicio de la contrainsurgencia pues hubo fotos tomadas por satélite, lecturas de planos con variables, tal y como fueron realizadas en Vietnam.

Decir que esta novela es la primera realmente significativa sobre la lucha de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas sería quedarnos en una especie de *trivia*, porque lo más interesante es aprender las lecciones de Alessandro Manzoni y Leonardo Sciascia, quienes afirmaron que una reconstrucción histórica no es un pasatiempo, sino una forma de aprender del pasado, de pugnar porque los vicios no se perpetúen ni se repitan. En suma, que hagamos de la estética una ética.

*Las armas del alba* (2003) es complemento obligado de *Guerra en el paraíso*. Después de observar el impacto que su novela protagonizada por Genaro Vázquez y Lucio Cabañas tuvo entre los lectores y entre los censores militares que la retiraron para que no tuviera resonancia –hecho imposible, dadas las circunstancias sociales que se abaten sobre nuestra patria–, Montemayor eligió un hecho emblemático para la insurgencia guerrillera y que tuvo lugar en la sierra chihuahuense: el ataque al cuartel de Ciudad Madera, el 23 de septiembre de 1965, que tuvo más una importancia simbólica que militar.

<sup>5</sup> Carlos Montemayor. *Guerra en el paraíso*. México, Editorial Diana (Literaria), 1991, p.82

En Ciudad Madera y regiones circunvecinas, varios vivales habían registrado las tierras y se erigieron en propietarios de la noche a la mañana. Coludidos con autoridades corruptas, despojaron a los dueños originales de la tierra, ejidatarios que por largos años habían trabajado esas tierras heredadas de sus ancestros. Se convirtieron en caciques y ganaderos que empezaron a propinar vejaciones sin cuento a los campesinos.

El asalto al cuartel de Madera fue un acto precipitado, que buscaba más llamar la atención sobre el movimiento que lograr una preeminencia militar. Y, aunque militarmente fallaron, sí consiguieron su objetivo de notoriedad: el periódico subversivo y clandestino llamado *Madera*, que en la década de los setenta, quemaba las manos que lo recibían. Un grupo guerrillero, la Liga 23 de septiembre, tomó su nombre de la fecha en que se consumó el asalto al cuartel.

A lo largo de muchos años, en libros, conferencias y artículos periodísticos, Montemayor no dejó de señalar que los guerrilleros no eran delinquentes, sino personas politizadas, informadas y muy conscientes de la realidad, que oponían la violencia de las armas a la violencia del estado. Es muy sintomático que los rebeldes de la sierra de Guerrero y los de la sierra de Chihuahua fueran profesores de educación primaria; ellos son personas no sólo informadas sino que, por su trabajo, viven y palpan la miseria en que se debaten los padres de sus alumnos. ¿Alguien recuerda que los internados para estudiantes provincianos, de la Escuela Nacional de Maestros, ubicados sobre la calle Maestro Rural, se suprimieron a raíz de los hechos protagonizados por Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, por considerárseles nidos de agitadores? Los asaltantes del cuartel de Ciudad Madera no eran gavilleros; eran profesores, estudiantes, un médico y varias personas que habían visto caer asesinados a sus familiares, vieron sus casas incendiadas y sus familias expulsadas, la escuela convertida en corral y el pozo del pueblo dinamitado por guardias blancas. Un estudiante se remontó después que el gobernador ordenó cerrar las normales. ¿Sabe acaso esto la Gordillo?

La violencia del estado cayó con tropa y helicópteros porque, ayer como hoy, no se buscaba resolver, sino castigar.

*Las armas del alba* es una novela de voces, de diálogos, en donde el autor va cediendo la palabra a los protagonistas y trata de serles fonéticamente fiel. Es también una novela circular; comienza

con el ataque al cuartel y termina cuando los insurrectos se disponen a iniciar la balacera.

Con *Los muros de agua* (1941), novela de fuerza desgarradora a la que en su tiempo sólo se le reconoció el mérito de su hermoso título, José Revueltas dejó una huella en la literatura mexicana que los novelistas no habían osado revisar. Pues bien, Carlos Montemayor se atrevió a hacerlo de la única manera en que era posible: sin poner el acento en la vida carcelaria y ubicando su texto en las coordenadas de su personalísima obra literaria.

*La fuga* es una novela consonante con *Guerra en el paraíso*, la mejor novela de Montemayor, porque narra cómo un guerrillero –de los que atacaron el cuartel de Madera– y un joven veracruzano que asesinara al terrateniente violador de su hermana, logran fugarse del penal de la Islas Mariás para vivir una serie de aventuras que los llevan a huir por sierras y manglares del norte de nuestro país para conseguir su libertad. *La fuga*, igual que *La gran cruzada* (1992), de Agustín Ramos, son novelas singulares porque en ellas los oprimidos resultan triunfadores.

Si bien las aventuras que viven los prófugos ocupan la mayor parte de la novela (con remembranzas y monólogos de los dos fugitivos, mismas que aparecen en cursivas), algo sumamente notable es la manera en que se urde la fuga. Mientras el joven veracruzano es un hombre de mar que arma poco a poco la canoa, la esconde y dirige las maniobras en el océano –a él se debe el ingenioso recurso de llevar en la embarcación un trapo azul para cubrirla cuando empiecen a ser rastreados por aire–, el guerrillero lo conducirá por sierras y carreteras; ambos resultaron los compañeros ideales pues uno sabía moverse por tierra y el otro por mar.

Pero si la construcción de la canoa fue ingeniosa, no lo fue menos su destrucción. Una vez que los reos llegan a tierra firme, con piedras van desclavando la canoa, tabla por tabla, para echarla al mar y que no quedara huella del lugar en donde habían desembarcado.

Una cosa más hay que decir de esta novela: es una celebración de la solidaridad que se establece entre las personas que logran evadirse de los muros de agua y vuelven a tierra firme.

## El ensayista

Si bien el trabajo ensayístico de Montemayor comenzó con textos sobre Virgilio, Borges y Bioy Casares, la entrada al mundo que le sería propio se dio con *Chiapas, la rebelión indígena de México* (1996).

Gracias a su trabajo como coordinador de proyectos editoriales en lenguas indígenas, Montemayor estuvo en Chiapas desde 1992, hecho que le permitió asistir al nacimiento del movimiento insurgente que hizo explosión el primero de enero de 1994. Observó la paulatina militarización que se hacía a pedido de los finqueros y supo de los primeros enfrentamientos que no quisieron ser tomados en cuenta pero que anunciaban lo que hasta hoy no ha querido ni podido solucionarse. Así, en Montemayor parece cumplirse, sin metáforas, el famoso adagio de que los escritores no escogen sus temas, sino son los temas los que eligen a quienes habrán de plasmarlos en el papel. Con la investigación que realizó sobre la guerrilla guerrerense y con la escritura de *Guerra en el paraíso*, el destino lo estaba preparando para ser testigo y cronista privilegiado del movimiento encabezado por Marcos.

Montemayor no ha andado con las tibiezas de los intelectuales que, con todo el tiempo y la comodidad del mundo para esperar, condenan la supuesta violencia indígena. Montemayor, en *Chiapas, la rebelión indígena de México*, se propone, además de narrar sus experiencias de testigo, clarificar algunos términos y dejar establecida una actitud política: los indígenas sublevados no son terroristas, son seres abrumados por la miseria y la violencia que apuestan lo único que tienen, sus vidas, a la esperanza de un orden social más justo:

Es posible entender estas insurrecciones indígenas como una lógica conclusión del hambre, la miseria, la represión y la exasperación. Pero a los ojos de las autoridades virreinales en la Nueva España, o de finqueros, ganaderos o madereros del México moderno, estos movimientos no se han originado por las injustas condiciones sociales, sino por la conspiración de un grupo o de un cerebro terrorista.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Carlos Montemayor, *Chiapas, la rebelión indígena de México*. Editorial Joaquín Mortiz, 1996, p. 27.

Y en su libro, que es tanto narrativo como de investigación, Montemayor cita una entrevista de Guillermo Correa que apareció en la revista *Proceso* el 7 de junio de 1993, que anunciaba ya lo que el ex presidente Salinas y los políticos nunca quisieron oír:

Los ricos no quieren saber nada de organización. Por años nos han explotado. En sus fincas cafetaleras todavía gozan el derecho de pernada. Hacen de las mujeres lo que quieren. Y al que se niega a trabajar, como por Chiapas no pasó la revolución, lo cuelgan de los pulgares hasta que se muere. Nosotros lo único que deseamos es vivir mejor, pero se espantan al saber que queremos salir de la esclavitud. No aceptan que los indios podemos, organizados, hacer producir la tierra, sin ningún ánimo de molestar. También somos seres humanos, ¿o no?

Elocuente y estremecedor, este libro muestra una más de nuestras incongruencias: el indio precolombino es sujeto de admiración, pero el indio de hoy, real, de carne y sangre, sólo ha merecido desprecio.

*Chiapas. La rebelión indígena de México*, hace una crónica de la lucha guerrillera a lo largo de nuestro siglo, misma que no inicia con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), sino tiene antecedentes en la década de los cincuenta, cuando Rubén Jaramillo fue amnistiado primero y después asesinado. El 23 de septiembre de 1965, en Chihuahua, se da el asalto al cuartel militar de Ciudad Madera y, a lo largo de los sesenta y los setenta, los profesores Genaro Vázquez Rojas y Lucio Cabañas abanderarán un movimiento armado reivindicatorio. Sin embargo, el autor no se queda en estos datos que de una u otra manera ya conocíamos. Lo fundamental de su libro es que va al fondo de los hechos para decirnos cuáles han sido las causas que permitieron la insurgencia zapatista precisamente en Chiapas y, además, señala cuál sería la solución del conflicto, cuáles son las acciones que el gobierno mexicano no quiere llevar a cabo.

El zapatismo se gestó en Chiapas desde hace casi dos décadas con la confluencia de diversos activistas y de los sacerdotes militantes de la teología de la liberación. Escogieron la zona de las cañadas por las posibilidades de ocultamiento que ofrecía, pero sobre todo, porque hacia allá se fueron replegando los indígenas; es decir, después de arrebatárles sus tierras y de hacerlos víctimas de crímenes sin cuento, los acorralaron de mil maneras.

Los fueron despojando los caciques, los ganaderos, los políticos, los empresarios hoteleros y el Estado constructor de presas. PEMEX destruye su entorno y los decretos gubernamentales contradictorios los llevan de un lado para otro, sin resolverles su problema territorial. Por si faltase la puntilla, la insensata reforma al artículo 27 constitucional que promoviera Carlos Salinas, acabó por fortalecer el latifundismo.

De lo anterior se desprende un par de conclusiones fundamentales: se ha dicho que la causa del levantamiento zapatista está en la miseria y en la vida insalubre, pero mientras no se realice la devolución de la tierra a sus legítimos propietarios para que se agencien recursos para una vida digna, las despensas y las campañas médicas no serán sino remedios momentáneos. Elocuente y grave, también, resulta el discurso oficial, que define a los insurrectos como un grupo político que quiere desestabilizar al régimen. Afirmar esto significa que los gobernantes no conocen al pueblo que mandan o, lo que sería igualmente imperdonable, que no quieren ver los problemas que están obligados a solucionar.<sup>7</sup>

Si la impartición de talleres a los escritores de lenguas indígenas le permitió a Montemayor palpar su precaria situación social, también le reveló la riqueza lingüística y cultural que atesoraban esos grupos. Fruto de ese trabajo fueron dos volúmenes: *Los escritores indígenas actuales* (1992)<sup>8</sup>. En el volumen primero (Poesía, narrativa, teatro), después de justipreciar esas lenguas, aun sobre el castellano, expresaba esta convicción que, en un escritor como él, enfilaba inevitablemente hacia lo social, es decir, esta labor venía a insertarse en la órbita eminentemente combativa de su trabajo prosístico:

<sup>7</sup> En el año 2007, en *La guerrilla recurrente*, Carlos Montemayor volverá sobre el asunto al insistir en que seguirá habiendo grupos guerrilleros mientras no se dé una solución definitiva a los problemas sociales y económicos. Cuando el poder no reprime, toma soluciones momentáneas mediante programas de apoyo y desarrollo social, pero una vez que pasan las elecciones, o que los medios de comunicación masiva hablan de la pacificación social conseguida, se suprimen los programas de ayuda y se deja nuevamente a las personas en el mismo abandono de antes. Y, naturalmente, volverán el descontento y la violencia.

<sup>8</sup> Una nueva versión de este trabajo será *La voz profunda. Antología de la literatura mexicana en lenguas indígenas* (2004).

La lengua española no tiene la sutileza ni la ductilidad musical para poder describir a profundidad el mundo que el pueblo maya conoce, comprende, describe en su lengua. El descubrimiento actual de la riqueza de México implica el descubrimiento de las lenguas indígenas que han estado cantando, comprendiendo nuestro territorio milenios antes de la lengua española. Acercarnos a esas lenguas nos revelará otras cosas: las culturas que se sustentan en esos idiomas; las terribles condiciones de miseria en que se les ha obligado a vivir durante siglos a los pueblos que las hablan; el notable vigor de los indios para sobrevivir a masacres, represiones, despojos de tierras, de su fuerza de trabajo y, por supuesto, la capacidad para conservar y defender su lengua a lo largo de cinco siglos.<sup>9</sup>

Un malentendido que esclarece nuestro autor es el de que no hay literatura indígena porque los grupos aborígenes no tienen una tradición escrita, pero recuerda que las dos obras mayores de la literatura de Occidente, la *Iliada* y la *Odisea*: "son obras surgidas antes de la invención del alfabeto y, por tanto, producciones de una sociedad ágrafa"<sup>10</sup>.

En el segundo tomo de *Los escritores indígenas actuales*, Montemayor se remonta a los pretextos que dieron los españoles para hablar del salvajismo de los aborígenes (eran salvajes porque se defendían de los despojos, violaciones y suplantación de sus creencias religiosas). Si algunos frailes dijeron que la conquista había sido un acto divino para salvar a los indios de su idolatría, un bien para revelarles al verdadero Dios, que era el suyo, naturalmente, Francisco Xavier Clavijero fue el primero en afirmar que lo indígena era parte del mundo criollo, y que debían preservarse sus vestigios.

Uno de los primeros pasos que los escritores antologados proponen es fundamental: desconocer, como expresión suya, el folclorismo que han propiciado los mestizos y algunas instituciones. Tienen, además, una requisitoria contra los escritores indígenas que se propusieron pintar las condiciones de vida paupérrima de los indígenas, pero terminaron escribiendo *best sellers*, como *El diosero*.

<sup>9</sup> Carlos Montemayor, *Los escritores indígenas actuales*, volumen primero, México, CONACULTA (Tierra Adentro), 1992, p. 7.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 10.

Hoy tienen ellos la voz y, si han dado muestras breves de expresiones de calidad, faltan las obras más amplias que consoliden lo que llamaremos una literatura indígena.

## Adiós a Carlos Montemayor

*La suerte pasa por enfrente y, si uno tiene con qué, la agarra; de lo contrario, la fortuna sigue de largo.* Este adagio ha resonado en mi cabeza durante los recientes días en que he releído la obra de Carlos Montemayor. Aunque sé que el verdadero conocimiento de un hombre como Carlos se da por medio de su obra, en un homenaje como el que nos congrega, deseo contar por qué la figura de Montemayor trajo a mi mente el dicho precitado.

Transcurría el año 1979 y yo me ganaba la vida enseñando a leer y a escribir a niños de una escuela primaria de La Merced. Había terminado mi licenciatura en letras y, como el hambre arreciaba, tenía urgencia de cambiar de empleo. Se estaba echando a andar la Universidad Pedagógica Nacional y se abrió un concurso de oposición para contratar profesores. Organicé los documentos y me presenté en unas oficinas que la Secretaría de Educación Pública tenía cerca del Conservatorio Nacional, en Polanco. Como ustedes se imaginarán, entre el jurado evaluador estaba Carlos, ya que nuestras habilidades docentes las revisaba el profesor Arquímedes Caballero.

La noche que tocó el turno de evaluar mis conocimientos, Carlos empezó a preguntar sobre la literatura de los Siglos de Oro y otros temas que yo tenía frescos pues estaba recién egresado de la Facultad. Pero llegó un momento en que Montemayor se salió de la carretera y me preguntó si conocía la obra de William Faulkner. Como yo había escrito una tesis sobre José Revueltas y uno de los pretextos que se habían utilizado para descalificar su obra era la supuesta influencia del norteamericano, paré la trompa con suficiencia y le dije a Montemayor que claro que sí había leído al autor de *Santuario*. Fue el único instante en que vi una pequeña emoción en su rostro, que había permanecido impasible, incluso cuando me preguntó qué libros había leído después de terminar la carrera y que, por los nervios, no pude recordar. Le dije que en mi *curriculum*, que él tenía sobre la mesa, estaban los artículos con que ya empezaba a completar mis magros ingresos de profesor, que los papeles daban cuenta de mis lecturas. Sin

embargo, Carlos no se molestó en examinar siquiera los papeles y siguió preguntando.

Empezó el tanteo sobre la persona y la obra de Faulkner. Yo me defendía en un rincón del ring y Carlos preguntaba sin dar muestra de la calidad o defecto de las respuestas. En ésas estábamos cuando se fue la luz, y como entonces no le podían echar la culpa al Sindicato Mexicano de Electricistas, fue preciso retirarnos, no sin que antes escuchara a Carlos decirme desde las tinieblas: “tráigame mañana un trabajo sobre la obra de William Faulkner”.

Salí a la calle a esperar mi democrático camión y me tocó ver a Carlos que salía del edificio, lo recuerdo muy bien, con chofer y vehículo que llevaba las iniciales de la regencia del Distrito Federal. “Así serás bueno, pensé”. Pero la verdad es que le dije algo más feo, aunque ya no me acuerdo de las palabras precisas porque la luz seguía sin regresar.

Naturalmente que me gané una de aquellas plazas, porque tenía 25 años y a esa edad uno puede pasarse la noche sin dormir con tal de preparar un texto en que le va la vida.

Pasaron más de diez años y, un día, en un congreso en Ciudad Juárez, que no era el matadero en que la terquedad de Calderón la tiene convertida, coincidí con Montemayor, entre amigos como Gerardo Cornejo (fundador y rector de El Colegio de Sonora), Jesús Gardea (que echó a andar el Premio José Fuentes Mares), nuestro Severino Salazar y otros escritores como Ricardo Elizondo. Al calor de los jaiboles le recordé a Carlos el modo en que lo conocí. Él, sorprendido, se hizo para atrás, levantó los brazos y la voz y dijo: ¡pero seguro te aprobé! Cuando moví afirmativamente la cabeza soltó una carcajada y me pasó un brazo sobre la espalda.

Los años siguieron pasando y, de vez en cuando, volvía a coincidir con Carlos, siempre en el norte y siempre entre jaiboles. La última vez lo vi hace tres años, en Ciudad Juárez, y se repitió la misma historia: cada que nos encontrábamos, me pasaba un brazo por la espalda y contaba a los colegas que estuvieran cerca la manera en que nos habíamos conocido.

Hoy que tengo todavía más años encima sé por qué en aquel examen Carlos me hizo aquella pregunta tan a bocajarro, tan distante de lo que necesitaba saber un profesor que iba a enseñar Redacción. La razón es que él acababa de realizar una profunda inmersión en la obra de William Faulkner; así lo demuestra la escritura de sus dos primeras novelas, *Mal de piedra* y *Minas del retorno*, dos novelas ostensiblemente faulknerianas. La primera

fue premiada precisamente en 1979, por *El Nacional*, y la segunda se publicó en 1981.

A Carlos lo vi unas cuantas veces en el norte de nuestro país y una o dos veces en el Distrito Federal. Yo escribía sobre sus libros y él conocía mi trabajo. En el pasado mes de enero llamó para pedirme un texto para la enciclopedia *Cosmos*, que coordina Carlos Herrero para la UAM con el apoyo del Conacyt y del Gobierno del Distrito Federal. “Es un texto de divulgación y es urgente”, me dijo. “Tienes solamente el mes de febrero para entregarlo”. El último día de febrero me levanté para dar una última lectura al trabajo antes de enviarlo por correo electrónico. Era domingo y en las notas de internet ya se anunciaba la muerte de Carlos. Pasé la mañana pensando y hojeando libros, comí con unos jaiboles y finalmente decidí ir a despedirme de Montemayor a la sede de la Academia Mexicana de la Lengua. No pudo ya pasarme un brazo por la espalda, porque estaba sobre un banco, en una pequeña urna blanca, junto a una gladiola que también era blanca.

## Fuentes de consulta

- Castañeda, Salvador, *¿Por qué no dijiste todo?*, México. Editorial Grijalbo, 1980.
- Montemayor, Carlos, *Abril y otros poemas*, México, Fondo de Cultura Económica, (Letras Mexicanas), 1978.
- , *Los dioses perdidos y otros ensayos*, México, UNAM, (Ensayos y Poemas), 1979.
- , *Finisterra*, México, Premiá Editora, (Libros del Bicho), 1982.
- , *Mal de piedra*, México, Premiá Editora, (La Red de Jonás), 1981.
- , *Las llaves de Urgell*, México, Premiá Editora, (La Red de Jonás), 1983.
- , *Minas del retorno*, Lecturas Mexicanas, Segunda Serie, 1986.
- , *Guerra en el paraíso*, México, Editorial Diana, (Literaria), 1991.
- , *Los escritores indígenas actuales I. Poesía, narrativa, teatro*. México, CONACULTA, (Fondo Editorial Tierra Adentro), 1992.

- , *Los escritores indígenas actuales II. Ensayo*. México, CONACULTA, (Fondo Editorial Tierra Adentro), 1992.
- , *Chiapas. La rebelión indígena de México*. Editorial Joaquín Mortiz, (Horas de Latinoamérica), 1996.
- , *Los cuentos gnósticos de M. O. Mortenay*, México, Seix Barral, (Biblioteca Breve), 1997.
- , *La tormenta y otras historias*, UNAM, (Confabuladores), Selección y prólogo de Helen Anderson, 1999.
- , *La voz profunda. Antología de la literatura mexicana en lenguas indígenas*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 2004.
- , *La fuga*, México, Fondo de Cultura Económica, (Letras Mexicanas), 2007.
- , *La guerrilla recurrente*, México, Random House Mondadori, 2007.
- , *Las armas del alba*, México, Random House Mondadori, (Debolsillo), 2009.
- Ramos, Agustín, *La gran cruzada*, México, CONACULTA, (Regiones), 1992.
- Revueltas, José, *Los muros de agua*, México, Editorial los Insurgentes, 1941.